

LA ESTRELLA BALEAR.

Periódico compilador de lo mas selecto que publican los de España y del extranjero sobre ciencias, literatura y artes.

Este periódico sale todos los domingos. — Precio de suscripcion 4 rs. al mes verificándola por el término de un año, 4 ½ rs. si se limita al de seis meses, y 5 rs. cuando sea por menos tiempo. — Al fin de cada trimestre se verificará un sorteo entre cada cincuenta suscritores que lo hayan sido durante el mismo y el agraciado podrá escoger las obras que guste, hasta el valor de 50 REALES de la librería de Rullan, hermanos, editores, donde se admiten suscripciones.

Enriqueta.

(Continuacion.)

Yo asistía por la mañana al despertar de la infeliz: el primer rayo de luz que daba perpendicularmente en su lecho la arrancaba al sueño; abríanse sus ojos con precipitación y espanto, sentábase en seguida, y quedábase meditando: algun tiempo despues la veia levantarse, recoger la paja de uno y otro lado, acercarse su cantarillo á la boca, entregarse con esmero á las ocupaciones de una minuciosa limpieza, componerse sus largos y negros cabellos, y hacer durar todo lo posible esta diligencia importante, porque en ello ponía su alma entera, y luego que todo se habia concluido, cuando ya no le quedaba que ponerse un alfiler si quiera, ni una cinta que atar, caíansele los brazos lentamente, y daba muestras de no pensar ya en nada.

Mas tarde el carcelero le llevaba pan negro, y sopa caliente en una hortera rústica en la cual nadaba una cuchara de estaño. La hortera quedaba en el suelo; la sentenciada se arrodillaba, y con la cabeza inclinada respiraba su benéfico vapor; abarcábala con las dos manos que el calor penetrante coloraba ligeramente; y luego que se habia apoderado de la sopa, por medio de todos los sentidos, la devoraba en un abrir y cerrar de ojos como para indemnizarse de haber aguardado tan largo tiempo. Por la tarde se comia pausadamente su pan negro, alzando los ojos hácia el respiradero por donde la noche comenzaba á descender á las cuatro, y pensando de antemano en lo larga que habia de ser aquella nueva noche, se quedaba en un éxtasis penoso, con los ojos bañados en lágrimas, la boca llena, y dejando caer sobre el húmedo suelo el resto de su pan.

Un dia que hacia calor y en que la hancha telaraña pendiente del trecho brillaba con resplandores rojos y morados, mientras que el insecto gozoso recorria su obra en todos sentidos, multiplicando hásta lo infinito sus delgados hilos, la jóven cautiva se puso á cantar. Al principio tarareó su cancion en voz baja, en seguida cantó mas alto, y al fin lo hizo con toda la fuerza de su voz: la cancion era insignificante, una cancion de bravura, una música productiva para un cantor de encrucijada al son ambiguo de un organillo; pero ella daba una espresion indefinible, y yo, echado sobre mi banco recibia sus acentos temblando; era aquello en mí como la sonrisa de un jóven herido de muerte, que debiese levantarse de nuevo y vengarse un momento despues.

Otra vez la ví alegre, riéndose á carcajadas y frotando con un pedazo de lana, con su cobertor agojereado no sé qué cosa, pero la frotaba con una perseverancia y una

actividad increíbles. Tan pronto permanecia un cuarto de hora entero sin examinar el progreso de la frotacion, como por el contrario consideraba á cada instante el pedazo de metal: el objeto era dejarle resplandeciente y liso, arrancarle el orin que le cubria, y ella no lo lograba, se impacientaba, perdía las fuerzas, se desalentaba, volvía á la faena, hasta que de repente dió un grito de alegría. Era un boton de metal que habia quitado á su carcelero, y le habia puesto asaz liso y brillante para que pudiese servirla de espejo.

Al principio se sintió dichosa, ¡hacia tanto tiempo que no se habia visto! Pero pronto volvió á entristecerse; aquel rostro no era ya el suyo! ya no se veian ni sus ojos tan vivos, ni su blanca piel, ni sus labios de rosa; ya no era ella! Un momento despues se miró de nuevo, porque habia reflexionado que aquel espejo era engañoso, que aquel metal redondo alargaba su rostro, que aquella luna amarilla la robaba el color, y que aquella mala luz la hacia menos blanca; entonces se remontó á los hermosos dias de su hermosura; sus recuerdos la embellecieron nuevamente; una sonrisa hizo lo demas.

En el instante mismo en que ella se sonreia consigo propia, entró su carcelero.

CAPITULO XXII.

El Carcelero.

Un hombre! no sé si se le puede llamar un hombre: habia nacido dentro de aquella cárcel, de la cual era su padre carcelero lo mismo que él, una muger de las galeras le habia engendrado bajo el dominio de la vara, y aquel ser abortado habia sin embargo nacido á tiempo asaz oportuno y con forma asaz humana para ser carcelero. Era espantoso, especialmente cuando se reia. Yo le ví hacer su declaracion amorosa; primeramente se puso con prudencia al lado de la puerta y apoyado en ella, fijando en la desventurada jóven sus dos ojos desiguales, y abriendo una ancha boca cuyos gruesos lábios dejaban apenas entrever los dientes agudos y negruzcos de un zorro viejo, le habló con un lenguaje imposible de entender, y le dijo por señas que antes de quince dias debian cortarle la cabeza. La seña fué horrible y muy espresiva: alzose el hombre sobre sus pies, levantó su pesada mano detrás de su cabeza, bajó su grueso cuello, é hizo la demostracion de herirse; su pecho despidió un sonido sordo muy semejante al de la cuchilla que cae... Despues volvió á levantar la cabeza mostrando su larga barba, sus gruesos lábios, sus dientes negros y agudos, y su descompuesta sonrisa que habia conservado preciosamente, sin duda para evitarse la pena de comenzar otra,

La sentenciada le miraba con ojos inciertos. El se acercó á ella, la cogió una mano, la esplicó detenidamente que podia salvarse; no sé lo que la dijo porque sus palabras no

llegaban hasta mí, pero ella pareció consentir en todo según un gesto afirmativo que percibí, y convinieron en una hora mas favorable; entonces él quiso abrazarla, mas ella retrocedió con espanto, y él se marchó con aquella horrible sonrisa que habia estereotipada sobre su horrible rostro.

¡Ah! al ver esto tuve necesidad de llamar en mi ayuda todo mi valor. ¡En el calabozo! ¡sobre el lecho de muerte! ¡su carcelero! ¡Yo estaba loco, loco de dolor, de desesperacion, de asombro, de rabia! Creia apurados todos los filones, y se me presentaba una mina enteramente nueva de corrupcion: creia aquella larga disolucion llegaba á su fin, y comenzaba de nuevo: y ¿cuándo? ¿qué día? ¿á qué hora? En aquel momento quizá, y yo estaba sobre mi banco, respirando apenas y mirando con el mayor ahinco. Aquel día ví entrar al mismo carcelero con su cara ordinaria; Enriqueta al verle se replegó al extremo de su calabozo: ademas de la comida acostumbrada, llevaba él un haz de paja de heno sin usar que estendió gravemente sobre la paja vieja, saliéndose despues impasible, y aun sin dirigir una mirada á su cautiva. Oí el sonido lejano de los cerrojos que volvian á correrse, y respiré con mas libertad: ¡Gracias á Dios, el día designado no era aquel!

Pero despues de un instante de calma, renació mi inquietud: ¿quizás el carcelero me habia visto! ¿quizas debia ser al día siguiente, aquella noche! ¡y era de noche ya! Atravesé á tientas el patio; el aire estaba helado; la niebla se habia hallado aprisionada entre aquellas altas paredes y se deshacia en lluvia; el calabozo estaba oscuro; figuráos una tumba sombría y profunda, sin movimiento, sin que se pueda percibir ni aun el blanco esqueleto que la ocupa. Ya me iba á retirar, abandonando el respiradero, cuando en el fondo del calabozo creí ver y ví en efecto por el ancho agujero de la cerradura un débil rayo de luz, una cosa fosfórica, un fuego fátuo aparecido durante la noche al viagero extraviado, una luciérnaga oculta debajo de una hoja de rosa. La puerta se abrió lentamente, se difundió por el calabozo el rayo de luz, y lentamente entró el carcelero, sujetando con una mano las llaves para impedir el ruido, y llevando en la otra una fétida lamparilla; volvióse de repente, y ví el lecho, la paja nueva, á Enriqueta acostada y despierta.... Estaba aguardando! La lamparilla quedó én el suelo, el carcelero se adelantó con paso seguro... yo queria gritar, y no podia; queria huir, y mis miembros estaban helados; queria volver la cabeza, y la tenia fija, sujeta, clavada, invenciblemente obligada á verlo todo; me sentia morir, cuando afortunadamente se apagó la lamparilla: desapareció todo, y ya no ví nada, no ví nada ni imaginé nada. Dios mio! el mayor de tus beneficios para el hombre es la locura ó el delirio, sin esto la desgracia le mataria.

Quince días despues pude explicarme aquel misterio: tratabase de una gran próroga á favor de la sentenciada. Desde el día siguiente la ví inquieta, pensativa; y cuando entraron á leer su sentencia de muerte, la escuchó con sangre fria, dijo una palabra, y un instante despues llegaron dos hombres vestidos de negro, dos facultativos, uno grave, ya viejo, pensativo y cabiloso, otro jóven, risueño, indiferente; este cogia con gracia y delicadeza la mano de la sentenciada, mientras que su compañero parecia tocarla apenas, y manifestaba mas horror del que en efecto sentia: En los primeros momentos el médio viejo dijo á los alguaciles: esta muger no está en cinta, que se ejecute la ley; y salióse del calabozo. Ya sacaban los soldados á Enriqueta, cuando el médio jóven llamando al viejo, gritó: esta muger está en cinta, es madre; la ley, la humanidad, todo se opone á que muera: y habló con tanta energía, y dió tantas pruebas, que se mandó suspender el suplicio.

CAPITULO XXIII.

El hospicio de la Salitrería.

Ya mi cabeza siéntese atordida
Por mis dolencias y mi larga vida.

PEDRO DE RONSAUD, oda traduc. libre.

Y ¿por qué no ha muerto ese niño? exclamé yo dirigiéndome por el paseo nuevo. ¿Por qué esa muger cercenada del número de los vivientes tenia todavia el derecho de

ser madre? El nacimiento del hijo será para la madre una sentencia de muerte, un segundo tribunal supremo; la leche que debiera alimentarle correrá en vez de sangre á los golpes del escarpelo, digno objeto de burla para nuestros anfiteatros. Diciendo esto llegaba yo á la Salitrería, poblacion entera precedida de una cúpula inmensa, rodeada de vastas paredes, sembrada de pequeños jardines, asilo tan deseado de las mugeres ancianas, lugar á donde van á parar su ociosidad y sus trabajos, sus amores mercenarios ó sus cuidados maternales. Véaseles circular en vida al rededor de aquel asilo, las unas dichosas con poder salir de él una hora, las otras implorando el permiso de vivir en él algunos días.

Investigaba yo dentro de mí mismo por qué fatalidad tantas mugeres llegaban al mismo fin, cuando al volver una carrera de árboles, frente por frente á una graciosa casa rodeada de un verde bosquillo, ví á una pobre muger con dos hijos. Ella torcia cáñamo para hacer cuerda; un chico de siete á ocho años, con los pies descalzos y el cabello ensortijado, daba vueltas á la rueda; y la pobre muger andaba de espaldas, saltando de tiempo en tiempo y con una mano avara la hilaza que tenia en el delantal. Estaba trabajando desde por la mañana, pero la obra adelantaba poco, porque tenia que acomodar sus pasos á las pocas fuerzas del obrero mas bien que á las suyas. Por debajo de la cuerda comenzada y sobre el cesped seco que cubria la tierra dormia una niña chiquita; tenia su tierna cabeza apoyada sobre el brazo derecho, el viento levantaba ligeramente sus largos y finos cabellos que volvian á caer sobre su megilla animándola con un suave color de rosa; su hermanito la miraba de vez en cuando, envidiándole quizá su sueño; la desgraciada madre los miraba á mas largos intervalos, pero de pronto huia de su contemplacion echándose á sí misma en cara un instante perdido.

Pobre niña! miseria en tu cuna, y ni una cuna, ni un medio, ni un solo medio de libertarte de tu destino! Feliz en demasia tú, si á los ochenta años te conceden un lugar en la Salitrería!

CAPITULO XXIV.

Una entrevista.

Luego que hubieron sacado á Enriqueta de su calabozo para encerrarla en un cuarto mas cómodo, no pudiendo ya verla, salí de mi prision voluntaria, y volví á entrar en mi vida aventurera, en la cual, para distraerme, me dediqué mas que nunca á mi estudio favorito de los pequeños acontecimientos de la vida comun, espiondo, por decirlo así, á la naturaleza vulgar, y robándola mil secretos inocentes demasiado sencillos para escitar el estudio y sin embargo demasiado fértiles en emociones. De este modo me aturdia á mí mismo acerca del tiempo, y olvidaba todo lo que sabia; me imaginaba que aquello era un sueño; no buscaba sino figuras risueñas, habia vuelto la primavera, con ella mis paseos solitarios. Un día pasaba por delante de un gran patio lleno de madera, las tablas estaban cuidadosamente colocadas junto á la pared, en el fondo del patio habia un jardinito enteramente perfumado por hermosas lilas medio abiertas, varias tejas rojizas cubrian algo mas bajo que el tejado un gracioso palomar, y sobre el borde de la tabla, se paseaba arrullando orgullosamente al sol un hermoso pichon de cuello tornasolado y de pluma dorada. Habia tanta limpieza, tanta elegancia y tanto gusto en el edificio, que no pude resistir al deseo de entrar en él, y echar sobre sus accesorios una larga mirada; y ya me volvía á salir pausadamente, cuando en el piso bajo y en medio de una vasta sala ví una máquina grande que no conocia. Componíase de un largo tablado de encina y rodeábala una ligera barrera por ambos lados; descansaba sobre la espalda una escalera, y en la parte anterior se alzaban dos vigas anchas y amenazadoras, cada una de las cuales tenia en medio una muesca de arriba á bajo; muy cerca del pie habia una tabla cortada en forma de collar, y esta tabla era móvil. Advertíase que la obra estaba para acabarse; un jóven, hermoso, risueño y forzado, golpeaba con el mayor brío sobre las mal unidas piezas, y ponía las postreras cuñas á todo ello; sobre el último escalon junto al tablado habia una botella y un vaso, y de vez en

cuando el joven echaba un trago, y volvía á su trabajo en seguida cantando cualquier copla alegre.

Aquella máquina desconocida me inquietaba: aquellas dos vigas que llegaban casi al techo, aquella especie de teatro ambulante que parecia estar aguardando un telon, y al extremo aquel anecho agujero á propósito para recibir á un apuntador, todo aquel conjunto era para mí tan extraordinario, que hubiera permanecido un dia entero en el mismo sitio, sin poderlo explicar. Mientras que inmóvil, mudo, escuchaba yo con un estremecimiento involuntario los golpes del martillo, el obrero fué interrumpido por un lindo muchacho que llegaba á venderle cordel; el vendedor era el obrerito, que habia yo visto en la Salitrería dando vueltas á la rueda, y que llevaba el trabajo de quince dias, temblando á la idea de que no se lo comprasen, segun mostraba su timidez. El carpintero le recibió como un joven honrado, tomó la cuerda sin mirarla mucho, la pagó, y despidió al muchacho con un ruidoso beso y un vaso del buen vino que tenia al pié de la escalera. Vuelto á quedar solo, no volvió á su trabajo, sino que se puso á pasear de un extremo á otro en ademán pensativo y sin quitar los ojos de la puerta; sin duda esperaba á alguien, ese alguien que siempre llega demasiado tarde, que siempre se va demasiado pronto, á quien se agradece que impida un dia de trabajo, y con el cual las horas son tan rápidas como el pensamiento.

Llegó al fin la persona á quien se aguardaba: una joven hermosa y fresca, sencilla y curiosa, que despues de saludar á su amante, se puso como yo á contemplar la máquina. Yo no oia una palabra de la conversacion pero debia ser viva é interesante; al fin el joven se puso serio, é hizo una seña á la muchacha como para invitarla á que representarse su papel sobre aquel teatro; ella no quiso al principio, despues se hizo menos de rogar, y por último consintió en todo: entonces su amable futuro, tomando un ademán grave y serio, la ató las manos á las espaldas con el cordel vendido por el muchacho, y la sostuvo para subir el tablado; llegada á lo alto del mismo, atóla él á la tabla movable, de manera que en un extremo de ésta tocaba el pecho de la joven, mientras que sus pies quedaron tambien atados al otro extremo; entonces comencé yo á comprender, y tenia miedo de comprender enteramente, cuando de improviso la tabla se baja horizontalmente entre las dos vigas, el carpintero se planta de un brinco en el suelo, sus dos manos sujetan el cuello de su amada, y aprovechándose de su ventajosa posicion, pasa su cabeza por debajo de la cabeza femenina que miraba á tierra, y comienza á acariciarla: Por mas que ella queria defenderse, ni aun moverse podia, porque estaba tan invenciblemente sujeta á la tabla; entonces comprendí perfectamente para qué podia servir aquella máquina.

CAPÍTULO XXV.

El último dia de un reo de muerte.

Nada hay nuevo debajo del sol.

PROVERBIO.

Un ligero golpe en el hombro me sacó de mi horrible contemplacion; volvíme con espanto como si hubiese temido encontrar detras de mí al hombre para quien trabajaba el carpintero, y solo ví el rostro blando y triste de Silvio que mostraba compadecerme y lastimarse de mí.—Ven, amigo mio, dije á Silvio con la sonrisa de un insensato, ven á ver esta maquina, y ese solaz de la juventud; ¿crees tú que sobre esas táblas tan bien acepilladas pueda sentirse el dolor? Yo no lo creo.—Y para persuadir mejor á Silvio, me puse á contarle la historia del ahorcado; Silvio, sin dejar de escucharme, me sacó al campo, y cuando creyó que estábamos á bastante distancia de aquella casa cuya apariencia era tan bella, me dijo:

—Temo mucho, pobre amigo mio, que no suceda siempre en tales desgracias lo que tú dices.—Al mismo tiempo sacó de su bolsillo uno de esos grandes diarios americanos, cuyo número y cuya importancia son todavía para nosotros poderoso motivo de asombro, y viéndome en disposicion de escucharle, me leyó lentamente la historia que sigue de las últimas sensaciones de un reo de muerte; bien

que, como despues he sabido, para no abrumarme á fuerza de dolor, el lector habia pasado en silencio la última entrevista del reo con Sofia Clara, joven á quien amaba con pasion.

«Eran las cuatro de la tarde cuando Isabel se separó de mí y luego que hubo partido, me pareció que habia terminado cuanto tenia yo que hacer en este mundo. Hubiera podido con razon desear la muerte allí mismo y en aquel mismo instante, porque habia ya ejecutado la última accion de mi vida y la mas amarga de todas. A medida que llegaba el crepúsculo, mi encierro se ponía mas frio y mas húmedo; la tarde era sombría y nebulosa; yo no tenia fuego ni luz aunque estábamos en el mes de enero, ni mantas bastantes para abrigarme: mi espíritu se debilitó por grados; mi corazon se abatió bajo el peso de la miseria y de la desolacion de cuanto me rodeaba; y poco á poco (porque lo que os escribo ahora no debe ser sino la verdad) la idea de Isabel y de lo que sería de ella comenzó á ceder delante del sentimiento de mi propia situacion. Esta fué la primera vez (ignoro la causa de ello) que mi espíritu comprendió enteramente la pena que debia yo sufrir á las pocas horas; y al reflexionar sobre el trance apoderóse de mí un terror horrible, como si acabase de pronunciarse mi sentencia, como si hasta entonces no hubiese sabido real y seriamente que debia morir.

«Ya hacia veinte y cuatro horas que no habia comido nada, y sin embargo tenia delante de mí la comida de un hombre piadoso que me habia asistido, y que me la habia enviado de su propia mesa, pero no podia probarla; y cuando la miraba se apoderaban de mí pensamientos extraños. Aquella comida era delicada, no como la que se dá á los presos, y se me habia enviado porque al dia siguiente debia morir: y pensé en los animales del campo y en los pájaros del aire que se engordan para matarlos. Conocí que mis pensamientos no eran los que hubieran debido ser en momentos semejantes, y creo que mi cabeza se trastornó. Una especie de zumbido sordo, semejante al de las abejas, resonaba en mis oidos sin poder libertarme de él, y, bien que hubiese ya cerrado la noche, corrían delante de mis ojos en todos sentidos luminosas centellas, y no podia acordarme de nada. Pobré á rezar mis oraciones, pero no pude recordar sino tal ó cual trozo; me parecia que mis palabras eran otras tantas blasfemias: no sé lo que eran, me es imposible analizar lo que dije entonces.

«Pero de repente me pareció que todo aquel terror era vano é inutil, y que yo no aguardaria allí para perder la vida: y de un salto me puse en pié, me lancé á la reja de la ventana del calabozo, y me así de sus hierros con tal fuerza que los torcí, porque sentí en mí la pujanza del leon. Recorri con mis manos cada una de las partes de la cerradura de mi puerta, y me puse á empujarla con los hombros, bien que supiese estaba guarnecida de hierro y que era mas pesada que la de una iglesia: tanteé por todas partes las paredes, hasta el último rincon del calabozo, aunque perfectamente instruido, si hubiera estado en mí, de que aquellas eran de piedra maciza, de tres pies de grueso, y de que aun cuando hubiese podido pasar por una rendija mas pequeña que el ojo de una aguja, no tenia la menor esperanza de salvacion. En medio de todos estos esfuerzos, se apoderó de mí una debilidad tal como si hubiese tomado veneno, y no me quedaron fuerzas sino para volverme con paso vacilante al puesto que ocupaba mi cama. En ella caí, y creo que me desmayé; pero esto no fué largo, porque mi cabeza daba vueltas y el cuarto tambien. Y soñé entre dormido y despierto, que era media noche, que Isabel habia vuelto, como si me lo hubiese así prometido, y que no la dejaban entrar: me parecia que caia una nieve espesa, que las calles estaban cubiertas de ella como de un sábana blanca, y que veía á Isabel muerta, tendida sobre la nieve en medio de las tinieblas, á la puerta misma de la cárcel. Cuando volví en mí, estuve forcejando sin poder respirar: al cabo de un ó dos minutos oir el reloj del Santo Sepulcro dar las diez, y concí que habia estado soñando.

«El capellan de la cárcel entró sin que yo le hubiese enviado á buscar: y me exhortó solemnemente á no pensar mas en las penas de este mundo, á dirigir mis pensamientos hácia el mundo futuro, y á tratar de reconciliar mi alma

con el cielo, con la esperanza de que mis pecados, aunque grandes me serian perdonados, si me arrepentia. Luego que se marchó, sentí en mí durante unos instantes algun mayor recogimiento; me senté de nuevo sobre la cama, y me esforcé con seriedad por departir conmigo mismo y prepararme á mi suerte. Reflexioné que de todos modos no me quedaban mas que pocas horas de vida, que en la tierra no habia ya esperanza para mí, y que al menos era preciso morir dignamente y como hombre. Entonces traté de recordar todo lo que habia oido decir sobre la muerte de horca,—que no era mas que la angustia de un momento,—que causaba poco ó ningun dolor,—que quitaba la vida al instante,—y de aqui pasé á otras veinte ideas estrañas. Poco á poco mi cabeza comenzó á divagar de nuevo y á estraviarse, otra vez me llevaba las manos á la garganta, y la apretaba fuertemente como para ensayar la sensacion de la estrangulacion: en seguida me tentaba los brazos por el sitio á donde debia atarse la cuerda; sentiala pasar y volver á pasar hasta quedar sólidamente anudada; me sentia atar las dos manos juntas; pero lo que mas horror me daba era la idea de sentir el gorro blanco cubriendo mis ojos y mi cara. Si hubiese podido evitar esto, lo demas no era tan horrible. En medio de tales ideas, acometió poco á poco á mis miembros un entorpecimiento general: al aturdimiento anteriormente sufrido siguió un estupor pesado que disminuia el padecimiento causado por mis ideas, aunque todavia seguia pensando: el reloj de la iglesia dió las doce: sentia yo el sonido, pero este llegaba á mí indistintamente, como al traves de muchas puertas cerradas ó de una grande distancia: poco á poco los objetos que vagaban por mi memoria se fueron presentando sucesivamente menos distintos, despues no los ví sino parcialmente despues desaparecieron del todo. Me dormí.

«Dormí hasta la hora que debia preceder á la ejecucion. Eran las siete de la mañana, cuando un golpe que dieron á la puerta de mi calabozo, me despertó: yo oí el ruido, como entre sueños, algunos segundos antes de estar completamente despierto, y mi primera sensacion no fué mas que la del enfado de un hombre fatigado á quien se despierta sobresaltadamente; yo estaba cansado, y queria dormir mas. Un minuto despues recorrieron los cerrojos de mi puerta, y entró un calabocero con una lamparilla, seguido del guardian de la prision y del capellan. Alcé yo la cabeza, y un estremecimiento semejante á un choque eléctrico, á una zambullida en un baño helado, recorrió todo mi cuerpo: una ojeada me habia bastado; el sueño se habia alejado de mí, como si jamás hubiese dormido, como si jamás debiese dormir otra vez; conocí mi situacion. «R... me dijo el guardian en voz baja pero firme, ya es hora de que os levanteis.» El capellan me preguntó cómo habia pasado la noche, y me propuso que uniese mis oraciones á las suyas: me recogí dentro de mí mismo, y me quedé sentado sobre el borde de la cama: mis dientes castañeteaban y mis rodillas daban una con otra á pesar mio. Todavia no estaba clara la mañana, y como la puerta del calabozo se hallaba abierta, yo podia ver el pequeño patio empedrado, cuya atmósfera era espesa y sombría, y sobre el cual caía una lluvia lenta pero continua. «Son las siete y media dadas, R...» dijo el guardian de la prision; y yo reuní mis fuerzas para pedir que me dejasen solo hasta el último momento. Me quedaban treinta minutos de vida.

Traté de decir otra cosa al guardian cuando iba á salirse del calabozo, pero esta vez no pude hacer salir las palabras; mi lengua se pegó al paladar; mi facultad de hablar habia desaparecido; hice dos violentos esfuerzos sin resultado; no podia pronunciar. Cuando se fueron permanecí en el mismo sitio sobre la cama. Me sentia entumecido por el frio, probablemente por el sueño y por el mucho aire que contra la costumbre habia penetrado en mi calabozo; y me hice un ovillo, por decirlo así, á fin de estar mas caliente, con los brazos cruzados sobre el pecho, la cabeza caída y temblando todos mis miembros. Mi cuerpo me parecia un peso insoportable que no me hallaba en estado de levantar ni de mover. El dia iba aclarando por grados, aún que opaco y macilento; y la luz iba penetrando del mismo modo en mi calabozo, mostrándome las paredes húmedas y el suelo negro; y por mas estraño que parezca, yo no podia menos de notar estas cosas pueriles; aunque un

instante despues me aguardaba la muerte. Yo paré la atencion en la lamparilla que el calabocero habia dejado en el suelo, y que ardia con mucha sombra á causa de una larga torcida apretada y como ahogada por el aire frio y mal sano, y aun observé que no le habian echado aceite desde la noche anterior. Yo miré con detencion la cama de hierro desnuda y fria sobre que estaba sentado, las enormes cabezas de los clavos que guarnecian la puerta del calabozo, y las palabras escritas en las paredes por otros presos. Yo me tomé el pulso, y estaba tan débil que apenas podia contar sus golpes. Me era imposible, apesar de todos mis esfuerzos, reconcentrar mi atencion á la idea de que iba á morir. En medio de esta ansiedad, oí la campana de la capilla que comenzaba á dar la hora, y yo decia entre mí. ¡Señor, tened piedad de mí, desventurado! ¡porque pensaba que todavia no podian ser los tres cuartos despues de las siete!... El reloj dió los tres cuartos, dió un cuarto mas, dió las ocho.

(Se concluirá.)

SONETO.

Risa.

Me rio con sonora carcajada
del intenso dolor que al mundo inquieta,
y de su dicha riome *perfeta*
porque mi corazon no cree en nada.

Me rio de la pobre inocentada
del que se cree en su entusiasmo poeta,
y á todas horas su magin aprieta
en busca de una sílaba rimada.

De aquel me rio que á censor se mete
echándola de omnímodo erudito,
sin que alcance á saber cuantos son siete.

Y para hartar de risa mi apetito
cuando no halla mi diente do hacer mella,
riome del capricho de mi estrella.

ANTONIO MÉNENDEZ.

Librería de Rullan, hermanos.

Suscribese en ella á las obras siguientes:

MARIA, LA HIJA DE UN JORNALERO, *historia contemporánea de Madrid, usos y costumbres de sus habitantes, con la descripcion de edificios notables, paseos, tertulias, verbenas, ferias, corridas de toros, y acontecimientos políticos, desde la época de la promulgacion del Estatuto real, con importantes revelaciones sobre su origen y la influencia que ha ejercido en ellos la tenebrosa sociedad apostólica del Angel exterminador.*

Obra original de D. Wenceslao Ayguals de Izco, dedicado á Mr. Eugenio Sue, ilustrada con profusion de grabados por D. José Vallejo.—Cada entrega, que constará de 16 pag., ó sea dos pliegos en 4.º marquilla, con su cubierta, solo constará 2 ½ rs. franco de porte. La suscripcion se verificará satisfaciéndola de ocho en ocho entregas.—En dicha librería se manifiesta el elegante y lujoso prospecto de esta obra, enteramente nacional.

TOPOGRAFIA ESPAÑOLA en planos levantados por una sociedad científica, artística, é industrial.

Esta interesante obra formará un atlas de España y le acompañará una estadística general por provincias, y demás conocimientos de instruccion é historia.—El precio de suscripcion por todo el Atlas es de 20 rs. por entrega.—En esta librería se manifiesta el prospecto un plano de signos

TIRIOS Y TROYANOS. *historia tragi-comico-política de la españa del siglo XIX, con observaciones tremendas sobre las vidas, hechos y milagros de nuestros hombres y animales públicos. Por D. Agustín Príncipe.*—Cada entrega de 32 pag. en 4.º papel satinado á 4 rs la entrega.

Imp. de P. J. UMBERT.